LA ALFONSINA

II

El asalto

¡Fuego! gritó Murillo: ese fué cañonazo.

—Otro, dijo Jorge.

—¿Será salva? preguntó Gallo.

—No, ¡qué salva! ataque á la plaza: miren los fogonazos de la fusilería. Ensilla pronto.

En un momento los caballos estuvieron listos: entretanto el fuego se hacía cada vez más activo en la plaza; la mañana aclaraba, los fogonazos se distinguían menos, pero eran ya perceptibles las columnas de los republicanos que bajaban por el camino de Morelia, y la reserva, que, inmóvil y amenazadora, coronaba el cerro que domina la ciudad por el lado del Norte.

—Guíanos, dijo Jorge á Gallo.

El asistente, sin contestar, salió al trote, seguido por

los dos jóvenes, y en menos de media hora estaban ya en el lugar del combate.

La lucha era encarnizada: los belgas, reducidos al centro de la población, se defendían como unos héroes, y las tropas del general Régules atacaban como unos valientes.

Jorge se puso á la cabeza de un grupo de infantes que avanzaban por una de las calles que conducen á la plaza; el oficial que los mandaba había caído herido, y Jorge le reemplazó.

Dentro de una casa se defendía obstinadamente el enemigo. Los infantes republicanos ganaban terreno poco á poco, caminando tan pegados á las paredes como si se embarrasen en ellas; Jorge en medio de la calle los arengaba y animaba; pero la tropa estaba ya vacilando, cuando apareció un refuerzo que á paso de carga entraba á la calle en medio de una lluvia de proyectiles. Un jefe venía á la cabeza con un revólver en la mano.

— Robredo, dijo Jorge.

— Jorge, contestó Robredo llegando á su lado y estrechándole la mano: ¡adentro!

— ¡Adentro, adentro, muchachos! ¡Viva el coronel Robredo!

— ¡Viva! gritó la tropa.

Y se lanzaron los soldados furiosos sobre el enemigo.

Una descarga cerrada contestó á sus gritos, y Robredo cayó atravesado de dos balazos; un soldado le arrebató en sus brazos y le sacó del combate, y un cuarto de hora después Luis Robredo no existía.

— ¡A vengar al coronel! gritó Jorge.

La tropa contestó con un rugido de rabia; las puertas de la casa cayeron, el fuego se apoderó de los techos, y entre el humo y las llamas se escuchaban las descargas de la fusilería y el estampido de los cañonazos del combate que se empeñaba en la plaza mayor de la ciudad.

Los ayudantes pasaban á escape comunicando órdenes; los cuerpos de caballería al trote largo cruzaban las calles bajo el fuego mortífero que hacían los belgas desde las alturas, y el ruido acompasado de los guaraches de la infantería aumentaba el horror de la escena.

No hay casi nunca en nuestros combates esos gritos lastimeros de los heridos, de que hablan todos los que describen batallas; nuestros soldados caen y mueren sin quejas, sin lamentos y sin escándalos; caen y mueren como deben caer y morir los valientes, silenciosos y resignados.

Jorge avanzó seguido de su tropa en medio de las llamas; los que defendían aquel punto cayeron prisioneros, y era ya preciso salir, porque todas aquellas casas ardían.

— Mi capitán, dijo un soldado, ahí dentro se está quemando una mujer.

— ¿Cómo?

— Grita mucho.

— ¿Por dónde?

— Por allí.

Y el soldado mostró á Jorge por donde había oído los gritos.

— Sargento, dijo Jorge, cuide usted á esos prisioneros.

Y apretándose el sombrero, se lanzó en la dirección que le indicó el soldado.

Atravesó algunas piezas que estaban ardiendo y llegó hasta una especie de patio cercado por altas paredes, y en donde pudo distinguir, en medio del humo, á una mujer arrodillada. Se acercó á ella; casi estaba sofocada: la tomó en sus brazos, y echó á correr buscando la salida. El humo que penetraba en sus ojos le producía en ellos un ardor tan grande, que le era casi imposible abrirlos, y esto hacía su situación más difícil; pero casi á ciegas continuaba avanzando; una lengua de fuego llegó hasta él como buscándole, sintió en su espalda el calor, y oyó ese ruido particular que se escucha cuando se queman nuestros cabellos.

Casi le faltaba el aliento, cuando se encontró ya en la calle y en los brazos de los soldados.

— ¡Agua, que me ahogo! dijo.

— Aire mejor, y luego será el agua, dijo Murillo llegando á su lado. A ver, dos soldados que metan á esa

mujer desmayada á esa casa; recomiéndela, usted sargento.

— Jorge, ¿estás mejor?

— Sí; pero aun no puedo abrir los ojos: me arden y me lloran tanto con el humo...

— Pronto pasará...; pero calla, que estás chusco con todo el pelo quemado...

Un ayudante llegó en este momento.

— Que se reconcentre toda esta tropa á la plaza, porque el enemigo está reducido á la iglesia.

Jorge y su amigo recogieron toda la fuerza que pudieron, y llegaron á la plaza.

Los belgas seguían defendiéndose en la iglesia; pero la iglesia y las casas de los alrededores ardían. La plaza estaba llena de cadáveres: el coronel Villada estaba herido; Régules había tenido dos caballos muertos, y multitud de oficiales estaban ya fuera de combate.

Por fin, las fuerzas independientes se lanzaron sobre la iglesia, y la guarnición de la plaza se rindió á discreción.

El 11 de Abril de 1865 debía ser en lo de adelante un día de gloria para Michoacán.

— Por poco me muero asado, decía Jorge á su amigo, algunas horas después del triunfo.

— Pero salvaste de las llamas una buena moza.

— ¿De veras era bonita?

— ¡Vaya! ¿Pues no la viste?

— No: ¿qué había de ver, si el humo me cegaba?

— ¿Quieres conocerla? Vamos.

— ¿Dónde está?

— No sé; pero este sargento nos dirá, que á él se la recomendé. Sargento, ¿dónde se quedó la muchacha que sacó esta mañana el capitán de la quemazón?

— Mi capitán, no le podré dar á usted las señas; pero yo le llevaré.

— Pues vamos.

— Por aquí, dijo el sargento entrándose por un callejón y llevándolos hasta una casita aislada que estaba cerca de la orilla.

— Aquí es.

— Bueno; vete á tu cuerpo.

Una viejilla estaba parada en la puerta.

— Señora, dijo Murillo, ¿me hace usted el favor de decirme si está aquí una señora que trajeron privada esta mañana dos soldados?

— Sí, señor.

— ¿Me hace usted el favor entonces de decirle que el oficial que la salvó tiene deseos de saludarla?

— Pasen ustedes, dijo la anciana.

Entraron á una pieza que tenía el pavimento de tierra suelta y las paredes de adobes sin pintura y sin argamasa de ninguna especie, obscura y triste. Una banca,

dos taburetes y una mesa de madera sin pintar, constituían todo el menaje propio de la casa; pero había por todas partes bultos de ropa y muebles en desorden, que indicaban que allí se había depositado gran parte de todo lo que los vecinos habían logrado salvar del incendio: todo aquello entristecía.

— Aquí está, dijo, entrando la dueña de la casa, seguida de una joven.

Los dos oficiales se acercaron: Jorge un poco atrás y Murillo por delante y como presentándole.

— ¡Alejandra! exclamó Jorge, palideciendo de emoción.

— ¡Jorge! gritó Alejandra, arrojándose en sus brazos.

— *¡Tableau!* dijo Murillo socarronamente cruzando los

brazos y queriendo fingir que no se conmovía; estamos en pleno drama.

La vieja, como quien dice: «esto no va conmigo», se había vuelto á parar á la puerta de la calle, mientras por la interior asomaban multitud de cabezas y de caras que mostraban á legua la curiosidad.

CAPILLA ALFONSINA

III

Sin novedad

MARGARITA llegó á México, y allí recibió de manos de Murillo los cápsules que debía conducir al campo republicano.

La vigilancia de la policía francesa era increíble: nada salía por las garitas sin un escrupuloso registro, y ¡desgraciado de aquel á quien se le llegaba á encontrar algo que infundiera sospechas á los gendarmes! la Corte Marcial daba muy pronto cuenta de su persona.

Margarita determinó jugar el todo por el todo: compró unos burros viejos á unos carboneros, y en los aparejos repartió la carga; dos muchachos de confianza que la habían acompañado desde Zitácuaro se disfrazaron de carboneros, llenándose la ropa, las manos y la cara de